

De la página opuesta:  
Esta vasija del cementerio Estadio Fiscal de Ovalle representa toda la riqueza estética e ideológica que los alfareros Diaguita plasmaron en su creaciones (ML).



# Los Inka y sus aliados Diaguíta en el extremo austral del Tawantinsuyu

LUIS. E. CORNEJO B.

De acuerdo a los relatos obtenidos por los primeros españoles en el Cuzco, la última frontera en ser conquistada fue precisamente el extremo austral del **Kollasuyu**, que incluía el territorio del norte semiárido y el de la zona central de lo que actualmente es Chile. Este proceso comenzó en la primera mitad del siglo XV con *Tupac Inka Yupanqui*, el que llegó con sus huestes hasta más al sur del río Aconcagua. Posteriormente fue *Wayna Kapac*, el que terminó de fijar la frontera austral del **Tawantinsuyu** al sur del río Maipo, aproximadamente entre los años 1463 y 1493.

La arqueología por su parte plantea algunas dudas a esta versión, ya que los restos arqueológicos parecen señalar que este proceso se habría iniciado entre 50 y 100 años antes de lo especificado en las crónicas. Este dilema por ahora no tiene solución y se espera que las futuras investigaciones entreguen nuevas luces que permitan aclararlo.

La forma en que se llevó a cabo la anexión de estos confines australes, tampoco es muy clara, ya que la más obvia secuencia de eventos desde el norte hacia el sur no encuentra mucho respaldo en los datos arqueológicos. Existen una serie de evidencias que hacen suponer precisamente que las regiones más norteñas de este territorio, como el valle de Copiapó, habrían sido conquistadas después que los valles más australes. Así, aparentemente, los Inka evitaron la difícil tarea de una conquista que requería enfrentarse a las inclemencias del Despoblado de Atacama, dominando primero las regiones transandinas para luego atravesar la cordillera y, probablemente, desde la región de los valles de Elqui y Limarí, comenzar la conquista tanto del valle de Copiapó hacia el norte, como del valle del Maipo al sur.



Algunas técnicas de pintura e iconografía provenientes del territorio trasandino, que aparecen en la época Inka en San Pedro de Atacama, se repiten en el valle del río Limarí (Cementerio Estadio Fiscal de Ovalle ML).

Algunas evidencias de este proceso pueden observarse en vasijas de alfarería que se han rescatado desde tumbas del valle del Limarí, las cuales presentan iconografía propia de los Diaguita e Inka, a las que se les suman algunos elementos propios de la tradición cultural transandina conocida como Inka-Paya. Estos elementos corresponden especialmente a diseños en forma de aves pintadas en el cuerpo de platos y botellas, así como la decoración por medio de una técnica de pintura posterior a la cocción de la pieza. Es interesante consignar que antecedentes trasandinos como éstos, también están asociados a la presencia Inka en San Pedro de Atacama, lo cual permite ver que de alguna manera la llegada del Tawantinsuyu en la vertiente occidental de los Andes estuvo relacionada con su presencia en la vertiente oriental.

Más allá de esta discusión, lo que sí es evidente a partir de los datos arqueológicos y en parte de los datos etnohistóricos, es que en todo el proceso de dominación del confín más austral del Tawantinsuyu, el pueblo Diaguita jugó un papel central. Esta sociedad, que habitaba en tiempos previos a la llegada de los Inka entre los ríos Huasco y Choapa, fue la que sufrió más transformaciones sociales y culturales con su incorporación al imperio cuzqueño.



El ave representada en esta *aysana* Inka es parte de la iconografía del estilo alfarero Inka-Paya, propio de sociedades de la vertiente occidental de los Andes (Cementerio Estadio Fiscal de Ovalle ML).

## El Inka entre los Diaguita

La sociedad Diaguita antes del Tawantinsuyu estaba compuesta de aldeas dedicadas principalmente a la agricultura y a la ganadería, cuya organización social y política se sustentaba en dirigentes locales con influencia en un pequeño territorio. Al finalizar el siglo XIV, a los valles semidesérticos en que habitaban los Diaguita, llegaron a través de la cordillera andina las primeras huestes del Tawantinsuyu. De acuerdo a la información de los primeros cronistas, la población local ofreció una violenta, aunque breve resistencia a esta invasión. Como en la mayor parte de los casos, de este primer encuentro no quedan muchos registros entre las evidencias arqueológicas, las cuales, sin embargo, son ricas para atestiguar el rápido cambio cultural que sufrió la población Diaguita. Este cambio fue tan marcado que los arqueólogos han definido, a partir de este momento, una nueva fase cultural llamada Diaguita-Inka.

Si bien estos cambios seguramente involucraron cuestiones económicas, sociales y políticas de mucha trascendencia para la vida cotidiana de los Diaguita, es en los campos del arte y de la ideología de este pueblo en que hoy son más evidentes. Sin casi ninguna transición, los ajuares funerarios de las tumbas Diaguita-Inka, o Diaguita III como también se ha llamado a este momento, adoptaron rápidamente una serie de convenciones estéticas en las cuales es evidente la influencia imperial. Al no haberse conservado prácticamente otros restos, esto es especialmente observable en la cerámica, la cual delata los patrones Inka en la decoración de sus paredes y, especialmente, en la forma de sus vasijas.

Los ceramistas locales produjeron una síntesis entre la iconografía propia, marcadamente geométrica, con la del Tawantinsuyu, que, aunque también ponía énfasis en formas geométricas, éstas eran mucho más rectangulares. Así, si bien los artesanos reconocieron el poder de los símbolos estatales, se reservaron el espacio para mantener su antigua tradición. En las formas de las vasijas ocurrió una situación similar, ya que además de incorporar formas imperiales completamente nuevas, como la *maka* o la *chua*, se mantuvieron y actualizaron las propias, especialmente el llamado jarro pato y la escudilla zoomorfa.



Aparentemente los valles transversales semidesérticos habitados por los Diaguita, fueron el primer territorio dominado por el Inka en el extremo sur del Kollasuyu. Valle del río Hurtado.



Aros de cobre del valle de Limarí (Cementerio Estadio Fiscal de Ovalle ML).



Estas transformaciones estéticas revelan los profundos cambios ideológicos que ocurrieron entre los Diaguita, los que incorporaron elementos de la cosmovisión propiamente Inka, tales como la división del mundo en cuatro partes. A la vez, es evidente en estos objetos una suerte de negociación simbólica entre la población local y los Inka, en la cual los Diaguita aceptaron la dominación de los cuzqueños, pero lograron cierto espacio para la reproducción de su cultura y los intereses de su sociedad.

Este acuerdo político-ideológico fue la base para una relación entre los Diaguita y el Tawantinsuyu que fue beneficiosa para ambas sociedades, al punto que aparentemente los Diaguita fueron los mejores aliados que los Inka tuvieron en el extremo del Kollasuyu. En todo el territorio original de este pueblo, por ejemplo, son muy poco comunes las construcciones Inka defensivas, así como aquellas dedicadas a la administración. Esto es especialmente visible si se compara la frecuencia de este tipo de instalaciones imperiales en otros territorios conquistados en esta provincia. De hecho, además de la marcada presencia del estilo Diaguita-Inka en los ajuares de las tumbas, las únicas otras evidencias de la presencia Inka en la tierra natal Diaguita son el sistema vial, los *tambo* directamente vinculados con el servicio de éste y los santuarios dispuestos en algunas de las cumbres andinas, tal como el del cerro Las Tórtolas.

De la página opuesta:  
Los artesanos Diaguita, poseedores de una antigua tradición alfarera, produjeron durante la época Inka una gran diversidad de vasijas, logrando una síntesis entre elementos propios y foráneos (ML, MALS).



Durante el periodo Diaguita Inka fue común la confección de vasijas pareadas, aparentemente como representación de la idea de dualidad que permeaba a toda la sociedad (MALS).

En este sentido, es especialmente interesante el cementerio excavado en las afueras de la ciudad de Ovalle, en el valle del río Limarí (cementerio del Estadio Fiscal). Los ajuares de sus tumbas son ricos en ofrendas de cerámica Diaguita-Inka muy acabadas y, en un par de ellas se rescataron, junto a otros objetos, dos vasijas llamadas *pakcha* que eran utilizadas únicamente en determinadas ceremonias Inka relacionadas con la fertilidad. Estas vasijas no fueron confeccionadas en la región sino importadas, probablemente desde el centro mismo del **Tawantinsuyu**. La presencia de estos bienes extraordinariamente significativos en una tumba local, permite suponer que fueron entregados en calidad de regalos a dirigentes locales con los cuales los cuzqueños tenían muy buenas relaciones.

Un cambio importante que ocurrió entre los Diaguita, producto de su rápida incorporación y colaboración con el **Tawantinsuyu**, se encuentra en la esfera político-económica. Los Inka profundizaron y dieron más jerarquía al sistema de organización dual de la sociedad Diaguita. Bajo este régimen, en cada valle se establecían dos dirigentes locales, los que mandaban sobre la parte inferior y la parte superior de ese territorio, respectivamente. La parte de “abajo” y “arriba” de cada valle formaban a su vez una suerte de unidad mayor y mantenían estrechas relaciones de parentesco. La posible existencia, previa a los Inka, de esta forma de organización social, típicamente andina, sumada a algunos elementos de la iconografía diseñada en la cerámica por los Diaguita, hacen pensar que si bien esta sociedad era de una complejidad mucho menor que la del **Tawantinsuyu**, compartía con ellos algunos elementos de su ideología y organización social, cuestión que facilitó las relaciones entre la población local y el nuevo poder dirigido desde el Cuzco.

Los datos con los que hoy se dispone permiten afirmar que además de los cambios internos en la política Diaguita, la mayor transformación social se produjo por el hecho de que este pueblo actuó al servicio de la expansión Inka hacia los territorios vecinos, al punto que es posible que buena parte de las tropas que habrían participado en la conquista de Copiapó, por el norte, y de Aconcagua y el Maipo, por el sur, fuesen Diaguita. Éstos habrían aportado, durante la ocupación, personal para la administración y mano de obra especializada en la explotación de determinados recursos, especialmente en el campo de la minería. Del mismo modo, los Diaguita también habrían participado en la dominación de las poblaciones de la región transandina de Mendoza.

Esta forma de servicio prestado al Estado por hombres y mujeres a manera de impuestos, institución conocida entre los Inka como *mit'a*, no sólo significó una carga para los Diaguita, ya que también se vieron beneficiados en este proceso. La influencia cultural Diaguita, que en principio alcanzaba sólo a las cercanías de los valles del Elqui y Limarí, se expandió a un espacio de más de 1000 km entre el río Copiapó y el sur del río Maipo. En ambos extremos de dicho territorio habitaban originalmente las sociedades Copiapó y Aconcagua, las cuales asumieron de manera importante, además de la influencia Inka, rasgos culturales Diaguita. Los ajuares funerarios de esta época incluyen gran cantidad de vasijas de cerámica confeccionadas según los patrones Diaguita-Inka y Diaguita. Estos mismos tipos de cerámica se encuentran también frecuentemente entre las basuras dejadas por la vida cotidiana de las personas que aquí habitaban, demostrando que la influencia Diaguita-Inka, si bien fue muy importante en el ámbito ideológico, también estuvo presente en la vida diaria.



Este tipo de escudillas, con escasos antecedentes locales y que tampoco son parte de la alfarería Inka, son una innovación que aparece entre los Diaguita durante la época Inka (MALS, ML).

Estas *pakcha* seguramente fueron regaladas a algún dirigente local, afianzando con esto la alianza entre los Diaguita e Inka (Cementerio Estadio Fiscal de Ovalle, ML).



El diseño de la cerámica Diaguita-Inka pasó a tener una jerarquía y prestigio importante para todas las poblaciones del extremo del **Kollasuyu**, y seguramente también estuvo asociado al aumento del prestigio y poder de los dirigentes Diaguita. Esto debe haber traído beneficios económicos para ellos y para toda su población, asociado a la *mit'a* que prestaban al imperio, pero también producto de actividades propias, directamente realizadas en los territorios donde se había extendido su presencia, acompañando y ayudando a los cuzqueños.

Si bien mucha de las interpretaciones que hemos expuesto aquí pueden ser discutidas sobre la base de nuevos datos y de otros modelos de análisis, cuestión inherente a la investigación arqueológica, lo que sí constituye un hecho difícil de desmentir es que, como en ninguna otra sociedad del **Kollasuyu** en el actual territorio chileno, los Diaguita fueron protagonistas de la presencia Inka en un gran territorio, más allá de sus límites originales. Por su parte, parece evidente que el interés que tuvo el **Tawantinsuyu** en la sociedad Diaguita, probablemente se debió precisamente al contingente humano que ella pudo aportar a los proyectos expansivos del estado cuzqueño.



Esta ocarina de alfarería del cementerio Estadio Fiscal de Ovalle, fue parte del variado repertorio de instrumentos musicales utilizados por los Diaguita, antes y durante la época Inka (ML).



De la página opuesta:  
El asentamiento Inka de La Puerta fue ubicado en un punto clave del valle de Copiapó, donde las poblaciones locales se habían asentado tradicionalmente.

## El Inka entre los Copiapó

Durante mucho tiempo se pensó que el valle de Copiapó era un territorio Diaguita antes de la llegada de los Inka, cuestión que las investigaciones recientes han desmentido. Ahora se sabe que a partir del año 1200 a.C. se desarrolló en este valle una sociedad local que ha sido llamada Copiapó y que aparece mencionada precisamente con ese nombre en algunas de las primeras crónicas españolas.

Esta sociedad estaba compuesta por grupos de agricultores y pastores que construyeron aldeas y fortalezas en las riveras de la cuenca alta del río Copiapó, sin llegar a tener una presencia demasiado notoria en la región costera. Por el sur, sus asentamientos alcanzaron hasta el borde del río Huasco, valle que también constituyó la frontera norte de la expansión Diaguita pre Inka. Hacia el norte, sus asentamientos fueron sólo pequeñas avanzadas en el Desierto de Atacama. Dado lo reciente que son las investigaciones sobre esta sociedad, se conoce muy poco respecto a su organización social u otros aspectos de su cultura, aunque es notorio, a partir de sus restos arqueológicos, que presenta algunos elementos similares a los Atacameños y a pueblos transandinos. Entre estas características destaca el consumo de alucinógenos, probablemente como parte de actividades chamánicas, que se ha identificado por la presencia de tabletas, espátulas y tubos para inhalar polvos psicoactivos, como parte del ajuar de ciertas tumbas.



En la época Inka los metales tuvieron una especial connotación ideológica, razón por la cual poseer objetos metálicos era signo de una especial posición social (MURA).

A este territorio habría llegado el **Tawantinsuyu** en una fecha aún no determinada, probablemente alrededor de mediados del siglo XIV. Aparentemente el primer intento de conquista se habría realizado desde el norte, a través del Despoblado de Atacama, pero este fue resistido por los Copiapó, los cuales tuvieron como principales aliados las inclemencias y los problemas logísticos que imponía uno de los desiertos más extremos del mundo. Posteriormente, en un segundo intento, esta vez por el sur y con la significativa ayuda de los Diaguitas, el **Tawantinsuyu** logró vencer la resistencia local y anexó este territorio a su soberanía.

La conquista Inka de este valle significó un fuerte impacto para sus habitantes, al punto que su cultura se vio fuertemente deprimida y relegada a un papel muy secundario bajo la omnipresente dominación Diaguita-Inka. En los ajuares funerarios de los abundantes cementerios encontrados, la mayor parte de los objetos ofrendados, especialmente la alfarería, presenta las clásicas formas e iconografía Diaguita-Inka, solo apareciendo muy eventualmente algunas vasijas locales. Obviamente esto no significa que la población Copiapó haya desaparecido, sino que su estética e ideología debió adaptarse a las nuevas condiciones socio-políticas. Estas condiciones incluían el sometimiento a una potencia extranjera que dictó nuevas formas de organización y que, además, trajo consigo a un número importante de Diaguita que cumplían la *mit'a* al servicio del imperio en estas tierras, ejerciendo de artesanos especializados, soldados y en otras tareas productivas.

El nuevo orden político implicó la división del valle en dos mitades, cada una de las cuales obedecía a una autoridad distinta. Esta forma de organización dual, al igual que en el caso de los Diaguita, puede haber existido antes de la llegada de los cuzqueños, pero sin duda fue profundizada bajo el nuevo régimen. La importancia y arraigo de este orden social queda de manifiesto cuando al llegar los españoles a Copiapó, algunos años después de destruir la base del imperio en el Cuzco, se encuentran con dos dirigentes locales; *Aldequin*, que controlaba la parte baja del valle y *Guanelica*, la parte alta.

El establecimiento de este marcado control por parte del **Tawantinsuyu** en Copiapó, además de responder a la belicosidad demostrada por sus naturales, era fruto del alto interés que el Estado tenía en esta región. Dicho interés nació de las grandes riquezas minerales aquí presentes, las que se convirtieron en el principal recurso que el **Tawantinsuyu** obtuvo de esta región. En el curso medio del valle, en un lugar hoy conocido como Viña del Cerro, los Inka instalaron uno de los complejos metalúrgicos prehispánicos más importantes descubiertos en Chile, donde se realizaba la fundición del mineral que era traído desde distintas regiones para su procesamiento.

El complejo industrial de Viña del Cerro cuenta con varias instalaciones y un total de 26 hornos para la fundición de metales. Entre sus basuras se rescataron trozos de crisoles y minerales, así como fragmentos de alfarería local utilizada por los operarios de las faenas aquí realizadas. La importancia que el Estado dio a esta industria queda de manifiesto por la construcción, en un lugar prominente del sitio, de una plataforma de alrededor de un metro de alto que los Inka llamaban *ushnu*. Sobre esta plataforma se desarrollaban diversas actividades de importancia para el imperio, tales como impartir justicia y realizar ritos. Estas plataformas se han encontrado sólo en contados lugares en el actual territorio chileno y, en casi todos los casos, asociados a importantes centros mineros.



Los objetos de metal fueron parte importante de los ajuares funerarios durante la época Inka en el valle de Copiapó, una región eminentemente minera (MURA).

Estos torteros para hilar, reflejan el aumento de la actividad textil en época Inka (MURA).



De hecho, este interés en los minerales fue la principal razón para el avance del **Tawantinsuyu** en la mayor parte del actual territorio norte de Chile, cuestión que es especialmente evidente en Copiapó y Atacama. Esta misma razón, también parece haber sido importante en el último avance hacia el extremo austral del **Kollasuyu** -los valles de Aconcagua y Maipo- proceso en el cual, como veremos a continuación, los Diaguita también participaron activamente.

## Los Inka entre los Aconcagua

El territorio que se extiende al sur del río Choapa era habitado, antes de la formación del **Kollasuyu**, por una serie de grupos distintos, aunque según las evidencias recogidas por los cronistas españoles, todos ellos hablaban *mapudungun*, la lengua que aún hablan los Mapuches. De estos distintos grupos, el que se conoce mejor hoy y que tuvo una fuerte interacción con el **Tawantinsuyu**, es el que los arqueólogos han llamado Aconcagua, ya que se identificó primero en la cuenca del río del mismo nombre, aunque se extendió por el sur casi hasta las riberas del río Cachapoal.

Esta sociedad, antes de la llegada de los Inka, era muy distinta a la de sus vecinos de más al norte, ya que su organización social era mucho menos compleja. No existen evidencias de algo parecido a una organización dual y todo parece indicar que no existieron autoridades centrales poderosas. La población vivía en pequeños caseríos, donde probablemente residía sólo una familia extendida, y su economía estaba basada en la agricultura, aunque al no poseer ganado, la caza y la recolección de productos silvestres eran significativas en su dieta. Pese a esto, hay algunas evidencias que indican que se instalaron en la cordillera andina a explotar minerales de cobre que aquí eran muy abundantes y que realizaron algún tipo de control sobre el territorio en que habitaban.



Las *maka* depositadas en las tumbas en la región Aconcagua, y otras alfarerías de la época Inka, presentan iconografía tanto de origen Inka como Diaguita.



De la página opuesta:  
La importancia de Viña del Cerro como centro minero y administrativo Inka fue simbolizada por la construcción de un *ushnu*, sobre el que se realizaban ritos y se impartía justicia.

La conquista Inka de esta región, que supuestamente comenzó durante el siglo XV, significó un gran desafío para los cuzqueños, ya que por primera vez en el Kollasuyu se enfrentaban con un pueblo muy distinto de aquellos que formaban parte de la esfera de influencia más directa de la tradición andina. En todo caso, algunos problemas se vieron superados por el hecho que una buena parte de los que llegaron a conquistar estas tierras eran Diaguita al servicio del Tawantinsuyu. Aquí los Inka repitieron el modelo de dominación que los caracterizaba, organizando a la población local en un sistema político dual, que, al igual que entre los Copiapó y los Diaguita, se mantuvo después del derrumbe del imperio hasta la llegada de los españoles.

La presencia de *mitimak* Diaguita, nombre que recibían aquellas personas que cumplían la *mit'a*, nuevamente se hace evidente y los patrones estilísticos de su alfarería aparecen profusamente en los ajuares de las tumbas, así como entre las basuras de la vida cotidiana. En algunos casos, es interesante constatar que las vasijas utilizadas en los rituales funerarios son una síntesis de las tres tradiciones culturales que aquí estaban presentes; la Inka, la Diaguita y la Aconcagua. La fuerza simbólica de esta iconografía fue tan importante que, incluso después de la conquista española, se continuó confeccionado alfarería con estos patrones de diseño.

Sin embargo, la presencia Diaguita-Inka no sólo es posible constatarla en el campo de la ideología ya que también se ha encontrado actividades productivas de claro interés para el Tawantinsuyu. Uno de los mejores ejemplos de esta situación es el enclave metalúrgico y administrativo de Cerro la Cruz, en el valle del Aconcagua. En este lugar un grupo Diaguita realizó varias tareas, entre ellas fundición de minerales y producción de herramientas de metal, con la cooperación de pobladores Aconcagua y, probablemente, bajo la supervisión de unos pocos representantes cuzqueños. Este centro se estableció en la cumbre del cerro, donde se construyeron varios recintos habitacionales, probablemente para los administradores, así como para realizar las tareas asignadas. Bajo el cerro se encuentra una extensa área de habitación, únicamente de población local Aconcagua, lo que indica una marcada diferencia de jerarquía entre locales y extranjeros.

Este asentamiento parece darnos la clave para dilucidar las razones que indujeron al Tawantinsuyu a llegar hasta estas distantes tierras. Nuevamente son los minerales los que aparecen en el centro del interés económico del Estado, recursos que en esta región central de Chile han sido siempre muy abundantes. De hecho, en las primeras crónicas españolas se hace referencia a que el centro administrativo de los Inka para esta región se encontraba en la localidad de Quillota, junto a los importantes lavaderos de oro que eran explotados con mano de obra local, seguramente Diaguita. Del mismo modo existen algunas evidencias de una mina de plata explotada en la región cordillerana del río Maipo.

La fuerte presencia Diaguita en todo este territorio no significó, sin embargo, que el dominio Inka fuera fácil, ya que entre el valle del río Aconcagua y el sur del valle del río Maipo, se encuentra la mayor frecuencia de fortalezas o *pukara* que se dio en la vertiente occidental del Kollasuyu. Una de las más características de estas construcciones defensivas es el *pukara* de Chena, localizado en la cumbre de un cerrillo del cordón montañoso del mismo nombre, algo al sur del río Maipo y con una excelente vista de todo el valle. Este sitio presenta una serie de construcciones en la explanada de la cumbre, con una planta en damero y una gran plaza amurallada con recintos rectangulares adosados a ella. En el centro de esta plaza, hoy muy destruida, se encuentra un montículo que podría corresponder a un *ushnu* o plataforma ceremonial. Todo este conjunto construido en la cumbre del cerro está rodeado de dos muros defensivos a distinto nivel, que siguen de manera rigurosa la cota de la ladera y que presentan algunos torreones o atalayas.

Los arqueólogos han identificado con claridad al menos otras dos fortalezas en la región, todas ubicadas en la cumbre de cerros, que también exhiben una posición estratégica, con recintos aptos para la habitación en su cumbre y rodeados de muros perimetrales defensivos. Por el norte se encuentra el *pukara* El Tártaro, dominando la cuenca alta del río Aconcagua. Por el sur, más allá de la angostura de Paine y dentro de la cuenca del río Cachapoal, se encuentra el Cerro Grande de la Compañía, que como veremos más adelante, es el último bastión Inka hacia el sur.



De la página opuesta:  
El *pukara* de Cerro Grande de La Compañía es la última fortificación del extremo sur del Tawantinsuyu.

Todas estas instalaciones, han sido definidas como fortalezas, cuestión que no puede negarse ya que su emplazamiento y sus construcciones obviamente las hacen mucho más fáciles de defender que otros asentamientos. Muy probablemente a la vez sirvieron como recintos donde se marcaba una dominación simbólica sobre los valles circundantes, estableciendo un lugar sagrado del Tawantinsuyu al que era muy difícil acceder. Esta idea ha sido propuesta a partir del estudio de las ruinas en el cerro Mercacha en el valle de Aconcagua, aunque podría también aplicarse para el asentamiento en la cumbre del promontorio de la localidad de Chada, en el valle del río Maipo. Sin embargo, estas dos instalaciones Inka muy improbablemente sirvieron como fortalezas desde una perspectiva militar.

## Más allá de la frontera

Una de las razones para la inusual presencia de construcciones defensivas en la región Aconcagua, junto a lo inestable que puede haber resultado el dominio de esta sociedad, parece haber sido que su territorio se ubicaba en el último confín del mundo civilizado, al menos desde la perspectiva Inka. Más allá, existía una serie de poblaciones altamente belicosas, las cuales nunca pudieron ser dominadas por la fuerza de los ejércitos cuzqueños ni por las promesas de su diplomacia. La cultura de estos pueblos se diferenciaba mucho de los patrones andinos y, además, su tierra no era especialmente rica en los recursos mineros que habían atraído al Tawantinsuyu tan lejos de su capital.

De esta manera, pareciera que si bien existen muchos antecedentes históricos que hacen suponer que los Inka avanzaron alguna vez hasta las riberas del río Maule, lo cierto es que la última frontera donde fue patente la dominación directa de Tawantinsuyu se encuentra a las alturas del *pukara* o fuerte de Cerro Grande de la Compañía, sólo unos kilómetros al sur del valle del río Maipo. Esta frontera política, sin embargo, no significó que no existiera más allá un “territorio de frontera” dentro del cual la presencia política y socio-económica Inka fuera efectiva.

Las autoridades del Tawantinsuyu destacadas en este confín del imperio establecieron alguna suerte de relaciones sociales con los jefes locales de los territorios no conquistados, intercambiando con ellos productos y entregándoles en calidad de regalos objetos de alto valor simbólico. Algunos de estos objetos fueron utilizados como ajuares de las tumbas de personas importantes, como la del cerro Tren Tren, en la ribera norte del río Cachapoal. Allí se encontraron los restos de cuatro niños de entre nueve meses y nueve años de vida, junto a los cuales se dispusieron una serie de vasijas de cerámica, cuatro de las cuales presentan formas y diseños Inka, Aconcagua y Diaguita Inka.

Intercambios como éstos dejaron una clara influencia cultural en los pueblos al sur de la frontera, que se advierte en la decoración de su cerámica, en ciertas técnicas textiles, en determinadas herramientas agrícolas, en la explotación de minas de plata y en la organización del trabajo colectivo conocido como *mingaco* por los Mapuches y que en quechua se llama *minga*. Entre estos préstamos culturales destaca el sistema de contabilidad basada en nudos realizados en cuerdas, llamado por lo Inka *quipu*, que se usó entre los Mapuche como un medio para registrar información numérica muy sencilla. Del mismo modo, los Mapuche, aparentemente utilizaron en su guerra contra los europeos algunas técnicas Inka, tales como la construcción de reductos amurallados en cumbres de cerros.

Sin duda, la vecindad con las fuerzas de un gran imperio que dominó buena parte de Sudamérica, dejó una profunda huella en los habitantes del extremo sur del Kollasuyu, huella que también podemos constatar hoy en las numerosas voces quechua o de origen quechua presentes en el *mapudungun*, a más de quinientos años de la caída del Tawantinsuyu.





De la página opuesta:  
El cerro Aconcagua es la montaña más alta de toda la cordillera andina, razón que motivó a los Inka para establecer ahí uno de sus importantes santuarios.

## La dualidad en Aconcagua

JORGE HIDALGO LEHUELDÉ  
CARLOS ALDUNATE DEL SOLAR

Tempranas fuentes de la conquista de Chile, mencionan a dos personajes que en forma simultánea gobiernan, uno la parte alta y el otro la parte baja de un mismo valle. Así ocurrió, entre otros casos, en Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí y Aconcagua.

Es probable que el Inka haya establecido este sistema político dual en las provincias conquistadas, pero también puede ser que éste haya existido antes, como parte de la tradición andina de las sociedades que habitaban entre Copiapó y Limarí. La situación que las crónicas mencionan en Aconcagua, sin embargo, no deja dudas que se trata de un sistema impuesto por el Inka.

*“Los señores de este valle son dos. Sus nombres son éstos: el uno Tanjalongo, este manda de la mitad del valle a la mar; el otro cacique se dice Michimalongo, este manda y señorea la mitad del valle hacia la sierra. Este ha sido el más temido señor que en todos los valles se ha hallado...Quilicanta...por ser valeroso y ser uno de los incas del Perú estaba puesto por el inca en esta tierra para gobernar y estando este inca en esta tierra cuando vino el adelantado don Diego de Almagro y el le serviese y se le diese por amigo...”* (G. De Bibar (1558) 1966).

Michimalongo había visitado el Cuzco, donde el Inka lo había sentado a su mesa, signo honorífico común en el sistema de alianzas que el Inka establecía con los jefes de los pueblos dominados. Este gobernante de la parte de “arriba” estaba en situación de privilegio respecto de Tanjalongo, señor de “abajo” del valle de Aconcagua. Por sobre ambos, el Inka había puesto a Quilicanta, de origen cuzqueño, probablemente un pariente suyo o alto funcionario del Tawantinsuyu. Cuando Diego de Almagro llegó a este valle, Quilicanta se sometió a las fuerzas españolas, lo que le atrajo la enemistad de los pueblos locales y muy especialmente de Michimalongo, el que lo obligó a emigrar al valle del Mapocho. Es posible que los nombres Michimalongo y Tanjalongo se refieran a cargos políticos, más que a personas naturales. Así lo sugiere la etimología Mapuche de estos términos. Una de las acepciones de la palabra *minche* es “tener a alguno debajo” o estar sobre otro en una pelea. Por su parte, *tankün* significa “obedecer”. La palabra *lonko*, quiere decir “cabeza” y se usa para designar a aquellos que ejercen un liderazgo o jefatura. Michimalongo, sería, pues, el gobernante que está sobre otro y Tanjalongo, el jefe que obedece.

De hecho, las crónicas abundan en los conflictos que existían entre ambos jefes, a pesar que se refieren a ellos como “hermanos”. Más que un vínculo de parentesco sanguíneo, esta expresión se debe entender en un sentido metafórico: ambos eran cabezas de mitades que formaban una unidad. Michimalongo, vinculado a la mitad de “arriba”, caracterizada simbólicamente con lo masculino y guerrero, hacía honor a estos atributos pues era el más prestigiado por sus capacidades bélicas. Este *lonko* opuso tenaz resistencia ante los españoles, al contrario de su “hermano” Tanjalongo, que se entregó con facilidad. Las fuentes escritas señalan que su poder estaba basado en su generosidad, elocuencia y poderes mágicos.



Conjunto de alfarería Inka proveniente de cementerios enclavados en el corazón del territorio Aconcagua, entre los ríos Mapocho y Maipo (MNHN).



De la página opuesta:  
En los lugares de más difícil acceso, el camino Inka poseía escaleras que permitían, por ejemplo, ascender un acantilado rocoso en Caspana.

## Los Caminos Inka en Chile

RUBÉN STEHBERG

Diversos estudios se refieren al *capac ñam* o camino Inka como la columna vertebral del Estado Inka. De esta manera resaltan su importancia y señalan cómo la organización de este imperio se apoyó en un esqueleto que dio sentido y unidad al conjunto. Sin embargo, siguiendo con esta analogía anatómica, pareciera ser más ajustado comparar esta ruta con el sistema circulatorio, debido a que por venas y arterias fluye el oxígeno, el agua y los nutrientes necesarios para el normal desenvolvimiento de nuestras vidas. El camino Inka fue eso, la vía que permitió la circulación de las energías humanas y materiales necesarias para el funcionamiento del Estado. Por allí se trasladaban funcionarios, soldados y bienes de intercambio, bajo el control de su burocracia. También fue la vía por la cual se expandieron sus ideas, simbolismos y religión. El esqueleto, en este caso, correspondería a la enmarañada y rica geografía andina -con sus montañas y valles- donde la columna vertebral estaría representada por la Cordillera de Los Andes.

Válidas o no estas analogías con el cuerpo humano, lo cierto es que el camino Inka jugó un papel preponderante en la conformación, expansión y consolidación del Tawantinsuyu. El éxito logrado por los Inka radicó, en gran parte, en su capacidad para resolver el problema central de todos los reinos andinos, es decir, su necesidad de abastecimiento de recursos complementarios, provenientes de distintos ambientes y la consecuente situación de conflicto entre los distintos pueblos, todo lo cual exigió la construcción de esta red vial. El camino adquirió por sí mismo una connotación simbólica y se transformó en un emblema del poder del Estado y de su representante máximo, el Inka. A partir de ese momento le perteneció a él y nadie pudo utilizarlo sin su autorización.

Entre los Inka, la construcción de un camino era objeto de una meticulosa planificación. Las autoridades analizaban cuidadosamente las características geográficas, económicas y socio-políticas de las poblaciones por donde iba a pasar, teniendo en consideración los intereses de los gobernantes y de las provincias ya anexadas o en proceso de incorporación. Según la conveniencia del momento, se mejoraba un sendero pre-existente o se abría uno nuevo, a menudo en zonas bastante alejadas de los centros poblados. Hay testimonios históricos y arqueológicos de la confección de maquetas que pudieron servir para este fin. De esta forma se unían los centros administrativos Inka con los enclaves económicos, políticos y religiosos de interés para el Tawantinsuyu.

Hacia el sur del Cuzco, en el Kollasuyu, la red se estructuraba en torno a dos rutas principales que corrían más o menos paralelas a lo largo de ambas vertientes de la Cordillera de los Andes, con uniones transversales entre ellas a través de los pasos cordilleranos, además de otros ramales menores e incluso algunos ciegos, como las sendas que iban a los adoratorios de altura.



Los constructores del camino Inka buscaron el trazado más recto posible, tal como aquí se observa en el tramo que bordea el río Loa Superior.

Los encargados de la construcción de un nuevo sendero definían un trazado lo más rec-tilíneo posible, incluyendo todas las obras viales necesarias para garantizar un despla-zamiento expedito de los funcionarios y de las caravanas de llamas, las que además debían contar con abundante disponibilidad de agua y pasto. La vía era dotada de escalinatas, refuerzos, paredes, puentes colgantes, señalizaciones y puestos para el descanso y aprovi-sionamiento. Destacaban los *chasquiwasi* o lugares de reposo para los mensajeros y los *tambo*, instalaciones para alojamiento, conocidas como posadas camineras, que a veces desempeñaban otras funciones relacionadas con actividades extractivas, productivas o de administración local. Estos senderos son considerados hoy como los caminos Inka, lo cual no excluye que durante el Tawantinsuyu se utilizaran otras vías disponibles, pero que carecían de la infraestructura y exclusividad con que contaban los primeros. Esta distin-ción es importante para evitar confusiones que podrían llevar a considerar como Inka caminos que no lo son.

## Vialidad Inka en Chile

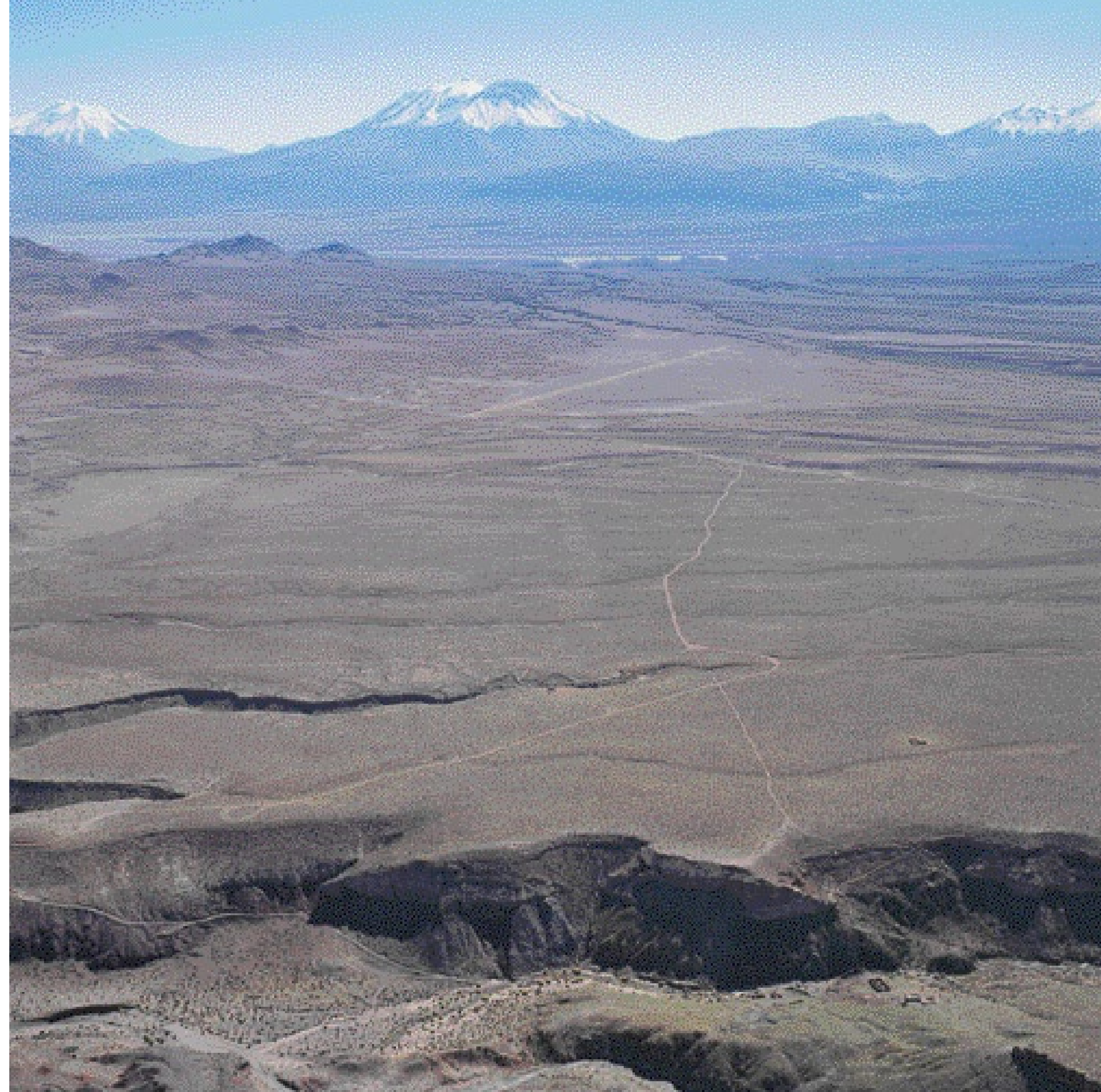
Existen referencias escritas sobre este importante sistema de rutas desde que el primer español ingresó a nuestro territorio. Hacia 1534-35, Pedro Calvo de Barrientos, luego de recibir un castigo en que su cara le fue mutilada, utilizó este célebre camino para inter-narse hacia el sur hasta el valle del Aconcagua.

En 1536, por su parte, el adelantado Diego de Almagro siguió el camino de la vertiente andina oriental, cruzando hacia Chile a la altura de Copiapó, donde se vio fuertemente afectado por un temporal. Esta razón, más su interés por permanecer cercano al apoyo marítimo que lo acompañaba, lo hizo preferir en su viaje al sur senderos indígenas de baja altura, evitando el camino Inka que continúa por la cordillera de Los Andes, a alturas que fluctúan entre los 2.000 y 4.000 metros de altitud. Estos senderos indígenas conti-nuaron siendo utilizados por los españoles posteriormente y quedaron con el apelativo de Inka, sin en realidad serlos. En su regreso, Almagro prefirió utilizar el camino Inka por el despoblado de Atacama, para no volver a sufrir las condiciones climáticas del camino oriental andino.



El camino Inka tenía cada cierto trecho apachetas que lo demarcaban, dos de las cuales se observan en el tramo que bordea el río Loa Superior.

De la página opuesta:  
Muchos de los caminos Inka, como éste que une el río Loa Superior con el Salar de Atacama, han sido en parte reutiliza-dos por caminos históricos y actuales.





Trozo de camino que bordea el río Loa Superior, en el cual aún se aprecian los alineamientos de piedras que demarcaban sus bordes.

La expedición de Pedro de Valdivia en 1540, ingresó por esta ruta, árida pero ya probada por su predecesor, continuando hasta las proximidades del valle del Aconcagua. Posteriormente, el Gobernador envió a uno de sus mejores capitanes a explorar la vertiente oriental andina, cruzándola por diferentes ramales transversales. De estas expediciones se deduce claramente la existencia en territorio chileno de un camino longitudinal Inka y varios ramales trasandinos que cruzaban la cordillera de Los Andes para unirse con el otro camino longitudinal paralelo que corría por la vertiente oriental.

Sin embargo, gran parte de la red vial Inka de montaña es abandonada prontamente por los españoles. Siendo muy apta para el desplazamiento de caravanas de llamas con carga, no lo era tanto para el tránsito caballar. Las alturas excesivas, las pendientes fuertes, el frío intenso, las nevazones y lo pedregoso de los senderos, son elementos que afectan a los caballares. Los españoles se vieron obligados a recurrir a otros caminos indígenas emplazados en tierras más bajas o, simplemente, a abrir nuevas rutas más adecuadas a sus fines y medios. Ocasionalmente, algunos tramos del camino Inka continuarán siendo utilizados por arrieros, crianceros y viajeros eventuales.

## Las rutas

En la región de Tarapacá es posible identificar dos rutas longitudinales: una por las tierras altas de la vertiente occidental andina, uniendo altiplanos y salares, y una segunda que atraviesa por tierras más bajas. Esta última es la que siguió el conquistador Pedro de Valdivia en su primer viaje de 1540. Comienza en la costa de Arica, se va internando paulatinamente en el valle central, hasta ascender a las nacientes del río Loa. El camino longitudinal alto andino, por su parte, penetra a territorio chileno por el portezuelo Tambo Quemado en Chungara y sigue por el altiplano bordeando los salares hasta llegar al río Loa, donde empalma con el que viene desde Arica.

Los ramales transversales Inka que unían las áreas altiplánicas con los valles bajos y la costa del Pacífico, no están del todo estudiados. El de más al norte viene del altiplano y baja directamente a las nacientes del río Lluta; otro, también del altiplano, cruza al camino longitudinal Inka y sigue aguas abajo por la ceja norte del valle del Azapa hasta Arica. Existe también el que traspone el portezuelo de la cordillera de Chapiquiña; el que atraviesa el cordón del Columtucsa y el de la quebrada de Guatacondo y el del río Loa.

Desde el río Loa, un único camino se dirige a San Pedro de Atacama, para luego cruzar por las alturas el Despoblado de Atacama hasta llegar a la actual ciudad de Copiapó.

El estudio sistemático de los ramales trasandinos en la región de Atacama aún no se inicia, aunque se han mencionado algunos que ascienden a santuarios de altura y otros que atraviesan el macizo andino hasta alcanzar la vertiente oriental. Debemos a Hans Niemeyer los más completos estudios sobre los caminos de la cuenca del Copiapó, entre los cuales, además de la ruta cordillerana andina, postula la existencia de uno que va por el medio de los valles, llamado “costero”. Sin embargo, anteriormente hemos expresado nuestra reserva respecto a la real filiación Inka de este último. Desde Copiapó, la ruta Inka remonta la orilla del río homónimo, para luego dirigirse hacia la cuenca del río Huasco. En esta zona existen importantes ramales trasandinos, como los pasos de La Ollita, Peña Negra y Pircas Negras. Otro ramal toma el río Nevado, abriendo el acceso a las cuencas de los salares de Maricunga y Pedernales, que comunican con la banda oriental de la Cordillera.

De acuerdo a nuestras investigaciones, el camino Inka longitudinal, al sur de la cuenca del Copiapó, aprovechó una fractura longitudinal de la cordillera que se extiende por gran parte del territorio nacional. Este notable accidente geológico, con el tiempo se transformó en un valle amigable, con abundantes vegas, lagunas y minerales. Se inicia a altitudes de 4000 metros en las cuencas de los ríos Huasco (falla Valeriano) y Elqui (falla La Coipa); desciende a 2000 metros de altitud entre el río Hurtado y Alicahue y baja a altitudes de 500 a 600 metros desde el valle del Aconcagua al sur. Tan notables condiciones fueron sabiamente aprovechadas por el **Tawantinsuyu** para establecer allí su principal ruta hacia el sur, sobre todo si se tiene en cuenta que la geografía accidentada y el clima semiárido del norte chico chileno, hacen muy difícil el tránsito de caravanas de llamas por otro sector. Es por ello que dudamos fuertemente de la existencia de un auténtico



El tramo del camino que sube por el río Yeso, cuenca alta del río Maipo, es el ramal trasandino más austral conocido del camino Inka.



De la página opuesta:  
El *tambo* de Peine se encuentra en el último oasis del Salar de Atacama, después del cual el camino se interna en el Despoblado de Atacama.



La complejidad arquitectónica del *tambo* Cerro Colorado (río Loa Superior) hace suponer que en él se realizaron, además de las funciones propias de un tambo, tareas administrativas.

camino Inka paralelo, por tierras más bajas, aunque es muy posible que senderos pre-Inka hayan sido reutilizados, sin introducirles grandes mejoras, especialmente durante la temprana penetración española.

En esta región se establecieron importantes ramales transversales que unen ambas vertientes andinas, a los que se atribuyó un gran contenido simbólico. Los senderos rectilíneos trasandinos y su marcada orientación este-oeste, han hecho pensar que podrían tener una connotación mágico-religiosa, al ser percibidos como hipóstasis del camino solar. Nos hemos percatado que en cada ramal se habilitaron al menos dos adoratorios de altura.

El camino accede finalmente a la cuenca del Maipo por Colina, para luego tomar la Avenida Independencia y la calle Bandera, en el mismo centro de la actual ciudad de Santiago. Carecemos de información sobre su continuación más al sur, pero el cronista Gerónimo de Vivar, en 1558, relata la existencia de dos puentes colgantes Inka sobre el río Maipo, uno de los cuales posiblemente coincida con el actual puente Los Morros. Estos debieron conectar con el camino recientemente descubierto en el río Yeso, tributario andino del río Maipo, el que parece dirigirse a la cuenca trasandina del río Tunayan.

Hacia el sur, el camino pasaría por Alto Jahuel hasta llegar al río Cachapoal, sobre el cual habría existido otro puente colgante Inka y, posteriormente, uno colonial. Su continuación se desconoce, pero algunos vestigios antiguos situados al sur del Cachapoal, como el cementerio de Rengo, la fortaleza de La Muralla, el petroglifo Sol de San Pedro de Alcántara y un camino colonial bien delimitado por una muy bien trabajada muralla, sugieren que pudo continuar más al sur.



Cerca de Caspana (río Loa Superior) aún se conservan los terraplenes de un puente Inka.



De la página opuesta:  
Camino Inka que une las localidades  
de Chiu Chiu y Caspana en el río  
Loa Superior.



Para que el camino sorteara el cañón del río Salado, tributario cordillerano del río Loa, se construyó un sistema de aterrazamientos en zigzag que baja por una empinada ladera.

## Algunas interpretaciones

Las diferencias que se aprecian entre las instalaciones del Tawantinsuyu en los territorios septentrionales, al norte del Despoblado de Atacama y las de este último, sugieren que el dominio Inka fue de diferente naturaleza en uno y otro lugar. En el primer sector, los testimonios de la presencia Inka son más frecuentes y se distribuyen en todos los escalones altitudinales de cordillera a mar. No tienen un carácter militar y están claramente orientados hacia un fin político-administrativo y económico. Algunos son notoriamente intrusivos, lo que prueba que fueron asiento de colonias desplazadas de otras regiones; pero la mayoría corresponde a poblados locales que incorporan a su acervo elementos que reflejan los nuevos cánones dominantes: vasijas, tejidos y herramientas.

A diferencia de las zonas contiguas a las desembocaduras de las quebradas del extremo norte, los ambientes costeros desérticos de más al sur seguramente no interesaron a los Inka para establecer asentamientos permanentes.

Si bien en la cuenca del río Loa y en el salar de Atacama existen importantes asentamientos como Turi, Cerro Verde y Catarpe, su número es significativamente menor que los de la zona precedente. Si se prescindiera de las instalaciones que



Este pequeño *tambo* situado en río Loa Superior es conocido como Inkawasi, palabra que en quechua significa literalmente "casa del Inka".

servieron de apoyo a las actividades religiosas relacionadas con los santuarios de altura, la mayoría de los asentamientos estuvieron involucrados fundamentalmente en la administración de la red vial y los puestos de vigilancia. Esta situación se debió del papel que jugó la zona en la red de tráfico e interdependencia que existió con las regiones vecinas, en especial con la vertiente oriental de Bolivia, el noroeste Argentino y los territorios de más al sur. Existe evidencia documental que señala que gran parte de los minerales de oro extraídos del Norte Chico y de Chile Central, pasaban por esta zona hacia su destino final en el Cuzco. El hallazgo de fragmentos de cerámica San Pedro Negro Pulido, Diaguita y Copiapó Negro sobre Rojo en estas instalaciones, hace suponer que tuvieron un origen pre-Inka, pero que durante el **Tawantinsuyu** se le agregaron las mejoras viales requeridas para su transformación en un camino Inka. Se sabe que la ocupación del **Tawantinsuyu** en esta cuenca fue de carácter militar y que sus ejércitos tuvieron que apoderarse del *pukara* de Quito en San Pedro de Atacama, para luego instalar un centro administrativo en Catarpe, a unos pocos km del *pukara*. Más al sur, en la extensa zona de Chañaral e Inka de Oro, se constata una fuerte vinculación del camino con explotaciones mineras de oro, cobre y turquesas.

El valle de Copiapó jugó un papel muy importante en la expansión del **Tawantinsuyu** hacia el sur. Es el primer gran valle poblado después del desierto de Atacama, con un enorme potencial minero y agropecuario, centro de aprovisionamiento obligado antes de emprender cualquier viaje hacia el este o el norte y trampolín vital en el control de los valles de más al sur. Para su apropiación, el **Tawantinsuyu** debió tomar por asalto el *pukara* de Punta Brava y luego establecer dos centros administrativos en su curso superior: La Puerta e Iglesia Colorada.

Respecto al dominio Inka de las poblaciones asentadas en el Norte Chico chileno, postulamos que la elección, por parte del **Tawantinsuyu**, de una ruta elevada, introdujo en forma consciente un quiebre en la forma tradicional de vida de los señoríos de los valles transversales, al impedirseles el normal acceso a las veranadas, a las fuentes de minerales y materias primas líticas y al restringir sus desplazamientos estacionales hacia las poblaciones vecinas de la vertiente oriental, con las



En el centro del **Tawantinsuyu** los caminos se encontraban empedrados, rasgo que en el norte de Chile sólo se encuentra en las entradas de poblados como en Socoroma (Arica).

cuales mantenían vinculaciones ancestrales. Este mecanismo sería determinante en la decisión de los señoríos Diaguita chilenos de incorporarse, sin oponer mayor resistencia, al **Tawantinsuyu**. Las condiciones socio-políticas pre-existentes fueron hábilmente aprovechadas por los estrategas Inka, los que abrieron nuevas rutas transversales y las conectaron con los centros administrativos mayores que se establecieron en la vertiente oriental andina, como Shinkal, Watungasta y Tambería del Inka, en Chilecito. Se inicia así una dependencia administrativa de los señoríos del Norte Chico chileno con respecto a estos centros trasandinos, los que se transforman en nuevos Cuzcos. Sin embargo, los señores Diaguita vieron, en el respaldo que les proporcionaba su pertenencia a una organización estatal, una gran oportunidad para concretar la antigua aspiración de expandir su señorío hacia otros valles mucho más fértiles que el propio. Así, *mitmak* Diaguita-Inka iniciaron la conquista de los valles de Copiapó por el norte, de Uspallata, Uco y Guentota (Mendoza) por el este y los valles templados de Aconcagua, Maipo y Cachapoal por el sur. No se conoce muy bien cuál es la estrategia seguida para alcanzar el dominio en estas regiones, postulándose la apropiación simbólica de lugares sagrados en algunos casos y el uso de la fuerza en otros. En las primeras décadas del siglo XVI, los cuatro últimos valles pasan a depender del centro administrativo Inka instalado en el valle del Mapocho, al mando del gobernador *Quilicanta*.

En 1540, el capitán Pedro de Valdivia, sus soldados, *yanacona* e indios de servicio, ingresaron a la cuenca del río Maipo por el camino Inka que hoy ocupa la Avenida Independencia de la ciudad de Santiago, cruzaron el río Mapocho, avanzaron cinco cuadras y tomaron posesión de los principales edificios de este centro administrativo. Antes de un año, fundaron una ciudad española en el "Tambo Grande" que había en la actual Plaza de Armas. Por varios años más, el sistema vial Inka hizo posible la circulación de bienes y recursos que facilitaron la conquista militar castellana. Hoy, los vestigios de este camino han desaparecido casi por completo de nuestro país, sin que aún se haya terminado su estudio. Una de las maravillas de la antigüedad andina se esfuma inexorablemente ante el desinterés de una población que no siente que parte de este pasado le pertenece.



De la página opuesta:  
Vista de la cadena de volcanes que bordean al Salar de Atacama, mucho de los cuales tienen santuarios Inka en sus cumbres.

## Rituales Inka en las altas cumbres andinas

LUIS E. CORNEJO B.

La imponente cordillera de los Andes ha tenido un papel protagónico en la vida de los hombres que han habitado el territorio dominados por su presencia, ejerciendo su influencia en la organización social, la economía y la tecnología. Sin embargo, es en la ideología de estos pueblos donde su omnipresencia ha dejado la huella más profunda. Aún hoy, muchas sociedades indígenas consideran a los cerros importantes componentes del universo supra natural, adquiriendo en muchos casos el carácter de divinidades de importancia fundamental en el orden del mundo. Incluso entre los habitantes de grandes urbes de la región, la cordillera juega un papel central en su percepción del paisaje.

Distintas manifestaciones ideológicas asociada a las montañas probablemente puedan rastrearse desde tiempos muy antiguos, aunque las evidencias más claras se pueden observar en los primeros estados que florecieron hace uno 2000 años, en la costa norte del actual Perú. Uno de los mejores ejemplos de esto se puede encontrar en las pirámides construidas por los Moche, que no eran otra cosa que cerros artificiales. En el arte Moche es común encontrar también representaciones de cordones montañosos desde cuyas alturas son arrojados personajes ensangrentados.

No obstante, es durante la expansión del **Tawantinsuyu** cuando las montañas se convirtieron en actores principales de una compleja trama de relaciones ideológicas y políticas entre el estado cuzqueño y las poblaciones locales de la provincia conocida como **Kollasuyu**, parte de la cual comprendía el actual territorio chileno. Esta trama guardaba estrecha relación con las estrategias que utilizaron los Inka para lograr y legitimar su dominio sobre estos territorios y sus habitantes, sumando a su poderío militar la fuerza de actos simbólicos ejecutados durante rituales que se realizaban en las más altas montañas andinas de la región.

En lugares del **Kollasuyu**, como en la cuenca superior del río Loa, dichas montañas eran sagradas mucho tiempo antes de la llegada de los Inka e, incluso, es posible que en algunas de ellas se realizaran rituales propios de creencias religiosas locales. En otras partes, por ejemplo en los valles de los ríos Aconcagua y Maipo, si bien no se han podido identificar creencias pre Inka que involucraban a los cerros, sin lugar a dudas los más altos nevados debieron ser un elemento importante del paisaje percibido por las sociedades que aquí habitaban. Esta situación fue hábilmente aprovechada por los dirigentes Inka, que comenzaron a realizar en las montañas sus propias ceremonias.



Estos rituales eran parte de la liturgia oficial de la religión estatal y seguían un patrón muy estandarizado, de manera tal que la forma en que se realizaban y los implementos utilizados eran los mismos, sin importar que se realizaran en la capital o en la más alejada provincia.

## ***Kapaqocha:*** Sacrificios humanos en las alturas

La *kapaqocha* o sacrificio humano, aunque no frecuente, fue uno de los ritos más importantes que el *Tawantinsuyu* implantó en las montañas del *Kollasuyu*. Este rito consistía en la peregrinación hacia la cumbre de una montaña donde previamente se habían construido una serie de recintos que serían ocupados en la ceremonia. Una vez en el lugar se procedía al sacrificio de niños o jóvenes que vestían las más ricas prendas y portaban adornos de metales preciosos y de *mullu*, una concha rojiza traída desde Ecuador, signo del alto estatus social de su familia. La muerte del niño generalmente llegaba por estrangulación, después que había bebido chicha que le inducía un estado de sopor, ya que aparentemente se buscaba evitar que el proceso fuera demasiado cruento.

Terminada esta parte del rito, el cuerpo era depositado en una tumba preparada generalmente en forma de una cámara subterránea construida con piedras y a veces asociada a otras estructuras. Junto al cuerpo del sacrificado se disponían un ajuar compuesto de objetos de alto valor, algunos de ellos confeccionados únicamente para este propósito. Dentro de esta categoría destacan las pequeñas figurillas humanas hechas en plata u oro, muchas veces vestidas con finos textiles en miniatura y pequeños penachos de plumas exóticas, y figurillas de camélidos también confeccionadas con metales preciosos o *mullu*. Menos exclusivos, pero también de mucho valor, eran las bolsas tejidas, a veces con hojas de coca en su interior, así como las vasijas de cerámica decoradas y los objetos tallados en madera.

No se sabe con certeza que ceremonias se realizaban antes y después del sacrificio, pero es evidente por el tamaño de los espacios asociados y la forma en que están dispuestos, que en ella participaban un número relativamente grande de personas. La peregrinación estaba, probablemente, dividida en un pequeño conjunto de ejecutantes que ocupaban el espacio más alto y un grupo mayor de asistentes que se disponían a menor altura, fuera de los muros que delimitaban el lugar más sagrado del santuario.

A lo largo a la cordillera de los Andes se conoce más de una decena de montañas donde se realizó esta ceremonia, entre los que destaca el complejo encontrado en la cumbre del cerro Ambato, cerca de la ciudad de Arequipa. Una de las primeras *kapaqocha* descubiertas fue desenterrada en 1954 desde la cumbre del cerro Nevado el Plomo por un grupo de arrieros. El famoso niño de El Plomo, que hoy se conserva en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, se encontraba en un excepcional estado de conservación debido a las bajas temperaturas que reinan a los 5425 metros de altitud, donde se hallaba su tumba. Dichas condiciones saponificaron el cuerpo y evitaron el deterioro de sus exquisitos ropajes y otros objetos que conformaban su ajuar.

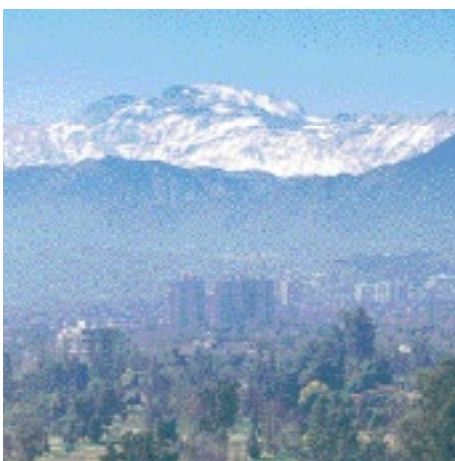
El niño llevaba en su cabeza un *llautu* o cintillo hecho de pelo humano, vestía una camisa *-unku-* de lana negra con flecos rojos y calzaba unos mocasines de cuero de camélido, todos ropajes característicos de personas de alto estatus en la región circundante al lago Titicaca. Tenía como adornos un brazaletes y una diadema de plata, además de un



Arqueólogos excavando en una de las estructuras del santuario del Nevado El Plomo (Foto A.Cabeza).



El niño sacrificado en el Nevado El Plomo vestía finas ropas que lo identifican como un noble del *Kollasuyu* y fue acompañado en su tumba por las clásicas figurillas humanas y de camélidos (MNHN).



El Nevado El Plomo domina el territorio más austral conquistado por los Inka. Sobre su cumbre realizaron uno de los ritos más dramáticos y poderosos de su religión: la *kapaqocha*.

tocado de plumas de cóndor negras y blancas. En el ajuar se encontraron más de treinta objetos distintivos, entre los que destacan cuatro círculos de oro, tres estatuillas humanas de plata, una estatuilla de camélido de oro, una estatuilla de camélido de *mullu* y una bolsa *-chuspa-* decorada con plumas. Junto estos bienes se dispusieron también cinco pequeñas bolsitas de cuero que contienen pelo, dientes de leche y recortes de uña, presumiblemente pertenecientes al mismo niño.

El santuario del Nevado El Plomo está conformado por tres estructuras cuadrangulares construidas con pircas, dentro de las cuales se encontraron restos de fogatas. En la estructura mayor, de 7.5 metros de diámetro, se construyó la tumba abovedada donde fue depositado el niño. Un poco más abajo en la ladera, a 5.200 metros de altitud, se construyó una amplia plataforma elíptica y en la base del cerro, a 3.400 metros de altitud, un complejo de tres estructuras rectangulares, una plataforma y dos recintos circulares. Toda esta infraestructura hace pensar que la peregrinación hacia la cumbre se hacía por etapas en las que los asistentes se detuvieron y, probablemente, realizaron distintos ritos. Estas etapas debieron comenzar en el valle, tomando varias jornadas y, seguramente, la construcción de los 3400 metros de altitud sirvió de posta previa a la ascensión final a la cumbre.

En años recientes, arqueólogos y andinistas han desenterrado tumbas en otras dos altas cumbres de la cordillera andina que hoy es el límite entre Chile y Argentina. En el flanco sureste del cerro Aconcagua, a 5.250 metros de altitud, se recuperó el cuerpo de un niño de entre 9 y 12 años, también acompañado de un ajuar. Por su parte, en el volcán Lullailaco y a la increíble altitud de 6.715 metros de su cumbre, una expedición argentino-norteamericana estudió un conjunto de construcciones desde las que rescataron los cuerpos de un niño de entre 6 y 12 años, de una niña de entre 10 y 15 años y de un niño de entre 5 y 10 años, todos ellos acompañados de un rico ajuar.

Sin embargo, no solamente en la cordillera andina los Inka realizaron sacrificios humanos. En la cordillera de la costa frente a la actual ciudad de Iquique, hace una par de décadas una explosión de dinamita realizada por un grupo de trabajadores en la cumbre del cerro Esmeralda (905 metros de altitud), dejó al descubierto dos cuerpos que allí habían sido enterrados junto a una serie de objetos, parte de los cuales resultó desafortunadamente destruido en la explosión. El lugar poco usual de este ritual, ya que no se han encontrado evidencias de otros en la cordillera de la costa, parece estar relacionado con las minas de plata en Huantajaya, que ya habrían sido explotadas por los Inka antes que los españoles.

En este caso, las sacrificadas fueron una niña de 9 años y una joven de entre 18 y 20 años, las que murieron por estrangulación y sus cuerpos se preservaron gracias a la extrema aridez del medio donde reposaban. El ajuar que acompañaba a los cuerpos destaca otra particularidad de este rito, ya que a diferencia de los realizados en las cumbres andinas junto a las sacrificadas no se dispusieron las clásicas figurillas humanas o de camélidos, faltando también las pequeñas prendas de ropa y otros implementos miniatura. No obstante, esto no quiere decir que el ajuar aquí depositado fuera menos sofisticado de los rescatados en la cordillera andina, ya que los cuerpos estaban vestidos con textiles de gran calidad y usaban adornos de metal y *mullu*, junto con una gran variedad de otros objetos. Incluso las vasijas de cerámica depositadas en la tumba probablemente fueron importadas desde el Cuzco o algún centro administrativo del altiplano.



Las ofrendas miniaturas encontradas en el santuario de la cumbre del Nevado El Plomo, son idénticas a aquellas utilizadas en los santuarios del centro del imperio Inka, a pesar de la gran distancia que los separa (MNHN).



En el santuario del Cerro Esmeralda, destacan la *lliglla* y el *acxu* que visten a la mayor de las niñas aquí sacrificadas, ropajes "oficiales" de la mujeres de la nobleza Inka (MRI).

## Los sacrificios no humanos y otros santuarios de altura

Como dijimos previamente, la ritualidad Inka en las montañas o en otros lugares, sólo de manera extraordinaria incluía sacrificios de personas. Mucho más habituales fueron otros tipos de ceremonias, cuyas evidencias han sido detectadas en más de 120 cerros y volcanes de la extensa cordillera andina del *Kollasuyu*, los más australes de los cuales se encuentran en la región montañosa del río Maipo.

En algunas de estas ceremonias, si bien no se ofrendaban niños, el rito consistió en el "sacrificio" de bienes que simbolizaban el estatus y poder de los dirigentes Inka. En estos lugares, las evidencias más comunes encontradas son estatuillas humanas, en algunos casos ricamente vestidas y acompañadas de un ajuar en miniatura, y figurillas de camélidos. La mayor parte de estas ofrendas se encontraban enterradas dentro de estructuras construidas con pircas, que en algunos casos alcanzan una complejidad similar a aquellas de sacrificios humanos. En otras cumbres también se han rescatado restos de vasijas de alfarería, correspondientes a estilos Inka o de poblaciones locales con influencia Inka.



Las estatuillas humanas, confeccionadas en plata, oro y, excepcionalmente, en *mullu*, suelen tener un tamaño de entre 3 y 15 cms. Su diseño es bastante estandarizado, ya que todas ellas presentan una misma postura del cuerpo y un tipo de peinado característico de personas de un alto estatus en la sociedad Inka. Todas ellas tienen indicación destacada del sexo y, en algunas oportunidades, han sido encontradas formando parejas. Algunos investigadores, basados en antiguas crónicas, suponen que estas estatuillas fueron una suerte de reemplazo de los reales sacrificios humanos.

Las figurillas de camélidos, por su parte, fueron confeccionadas en los mismos materiales que las figurillas humanas, aunque mucho más comúnmente en *mullu*. La mayoría de las veces representan llamas, aunque en ciertos lugares se han identificado algunas que asemejan alpacas, lo que es evidente por el largo de su lana que casi llega al suelo. Estas representaciones de camélidos, al igual que las figurillas humanas, tuvieron un diseño altamente estandarizado, presentando una figura muy rígida. Esta manera de representar a los camélidos es posible verla también en el arte rupestre del periodo Inka en el norte de Chile.

Muchos más comunes que los anteriores son los cerros santuarios donde sólo se han encontrado construcciones, que van desde un simple ruedo de piedras hasta verdaderas edificaciones. Muchas de estas, probablemente, estuvieron relacionadas con actividades rituales de alguna especie, aunque debido a la falta de evidencias claras no es posible asegurar ni negar que ellas correspondieron a santuarios Inka. Esto es especialmente cierto en el norte del *Kollasuyu* donde existen antecedentes arqueológicos de un culto a los cerros mucho antes de la llegada de los Inka. Una situación similar ocurre en algunas cumbres donde únicamente se han descubierto restos óseos de animales y pilas de leña, en algunos casos, transportada desde grandes distancias.



Ofrendas dispuestas junto a los cuerpos de las niñas sacrificadas en el santuario del Cerro Esmeralda (MRI).



Todas las pequeñas figurillas humanas de metal y mullu depositadas en los santuarios de altura son prácticamente idénticas:  
 Cerro Las Tórtolas, vista frontal y trasera Alto: 7 cms (MALS).  
 Volcán Copiapó, Alto: 4 cms (MURA).  
 Cerro Las Tórtolas, Alto: 5 cms, 5 cms, y 4 cms (MALS).



Esta figurilla de mullu vestida con finisimos textiles, un gran penacho de plumas y otros aditamentos fue rescatada desde la cumbre de el cerro Las Tórtolas (Alto: 22 cms. MALS).



Las representaciones en miniatura de camélidos realizados en metales preciosos y mullu se vinculaban con los ritos propiciatorios de la fertilidad del ganado.  
 Cerro Quimal, Alto: 3 cms (MSPA).  
 Volcán Copiapó, Alto: 4 cms (MURA).  
 Cerro Las Tórtolas, Alto: 4 cms y 3 cms (MALS).

## Los santuarios de altura dentro de la religión Inka

La práctica Inka de realizar ritos en las altas cumbres del **Kollasuyu**, si bien se realizó dentro de una estrategia político-ideológica de dominación sobre los habitantes locales, formaba parte de las creencias de los cuzqueños. Bajo esa óptica, cada uno de los ritos realizados tenía profundo sentido dentro de la concepción Inka del mundo, que se vinculaba con el culto al sol, los cerros y la tierra o *pacha mama*. Desgraciadamente, no se cuentan con hoy muchas evidencias que permitan develar completamente dicho sentido, aunque es posible entrever parte de él a partir de algunos fragmentos.

El sacrificio humano, ciertamente el más dramático de los ritos practicados, era esencial para el necesario equilibrio entre los humanos y el mundo divino, ya que existía la creencia que las personas sacrificadas se convertían en representantes de los hombres frente a las divinidades, pudiendo intervenir en su favor. Este se realizaba sólo bajo circunstancias especiales, tales como el solsticio de verano o *inti raymi*, grandes sequías y catástrofes, el ascenso de un nuevo Inka o algún acontecimiento importante para el Estado. Dentro de este contexto, el sacrificio era una suerte de pago a las divinidades por los favores recibidos, razón por lo que niños y jóvenes ofrendados generalmente eran miembros de alguna familia importante. Este dramático acto de los dirigentes, de acuerdo a la ideología reinante era para el bienestar de todos, lo cual era altamente apreciado por el pueblo.

Conchas de *mullu* y otros objetos de este material, se encuentran en casi todos los santuarios de altura Inka (Cerro Esmeralda MRI).



Esta misma razón parece haber sido la que llevo a “sacrificar” objetos de alto valor social, cada uno de los cuales parece haber tenido su propio significado. Las estatuillas humanas, como ya dijimos, pueden haber sido una especie de reemplazo del sacrificio humano. Por su parte, las figurillas de camélidos, aparentemente, fueron representantes simbólicos de los rebaños de llamas y alpaca que eran fundamentales para el Estado Inka. Su economía dependía de ellas para la producción de fibras textiles y para las caravanas que transportaban a larga distancia bienes y recursos.

Una mención aparte debe hacerse de la presencia de los adornos hechos con la concha *mullu*, a veces incluso presentes en los santuarios por medio de sus valvas pulidas. Esta exótica concha proveniente de mares tropicales era altamente estimada por los pueblos andinos y se suponía que era alimento de los dioses, los que hacían rechinar sus dientes al mascarlas. A la vez las conchas eran consideradas como “hijas del mar” y este, a su vez, era concebido como la “madre de las lluvias”. De esta manera, al llevar estas conchas a las altas montañas, práctica que aún es posible encontrar en algunas partes, se aseguraba el vital ciclo del agua desde el mar a las montañas y desde estas, a los hombres.

De hecho, toda la ritualidad Inka que aquí hemos visto, giraba en torno a un solo gran concepto: asegurar que las divinidades procuraran la fertilidad de la tierra, los hombres y los animales. Para conseguir este crucial objetivo los Inka estaban dispuestos a cualquier clase de sacrificios, que redituaban no solo en la deseada fertilidad, sino que en beneficios políticos para los dirigentes y el Estado.



El niño del Nevado el Plomo lucía un pectoral y un brazalete de plata, elementos que únicamente era utilizados por la nobleza Inka (MNHN).

Ropajes y objetos en miniatura que acompañaban a una figurilla “sacrificada” en el santuario del volcán Pili (MSPA).



De la página opuesta:  
El significado político de la alfarería Diaguita-Inka llevó a las poblaciones del valle de Copiapó a utilizarla en sus ritos funerarios. Esta urna fue encontrada en el cementerio de Punta Brava (MURA).

## Alfarería y política Inka en el Kollasuyu

LUIS E. CORNEJO B.

Los relatos dejados por los tempranos cronistas españoles contienen una gran cantidad de información sobre el proceso de expansión del Tawantinsuyu. A partir de estos registros históricos se puede concluir que, en muchos casos, uno de los ejes de la política de dominación Inka consistió en permitir que las poblaciones locales mantuvieran una parte significativa de sus instituciones sociales y principios culturales, siempre y cuando éstos quedaran supeditados a algunos elementos económicos, políticos e ideológicos impuestos por el Estado. En el campo de la religión, por ejemplo, los Inka no eliminaron completamente las antiguas creencias de las poblaciones locales, aunque exigieron que por sobre ellas se veneraran las divinidades cuzqueñas.

Este principio político descrito por los cronistas, que significaba una suerte de arreglo entre conquistadores y conquistados, puede ser observado de muchas maneras en los restos arqueológicos de la presencia Inka en el actual territorio chileno. Particularmente significativas, en este sentido, son las vasijas de cerámicas utilizadas durante la época, especialmente en aquellas que formaron parte del ajuar depositado en las tumbas junto a los muertos.

En el Kollasuyu sólo de manera excepcional se encuentra alfarería traída directamente desde la región cuzqueña, la cual seguramente llegó como producto de regalos dirigidos a determinadas autoridades locales. Estos objetos importados, finamente confeccionados y portadores de la simbología Inka, representaban las alianzas del imperio con las poblaciones dominadas, transformándose en un signo de estatus para los dirigentes provinciales y su posesión debió ser muy codiciada.

El alto prestigio que alcanzó la alfarería Inka significó que, en todos los territorios conquistados, las poblaciones locales comenzaron rápidamente a fabricar alfarería que incorporaba sus patrones. Este proceso, sin embargo, no fue azaroso y, aunque en cada región tuvo una expresión particular, siempre es posible observar que la interacción entre los patrones Inka y locales sigue un principio muy rígido: la forma de las vasijas es claramente Inka, mientras que su iconografía contiene, en distintas proporciones según el lugar, una mezcla de elementos locales y cuzqueños. De esta manera, en los diversos territorios del Kollasuyu es posible encontrar vasijas funerarias con las mismas formas Inka, pero decoradas con una iconografía en la cual los patrones propiamente locales tienen diferentes grados de presencia.



Estas son las principales formas que caracterizan la influencia de los Inka en la alfarería de las provincias conquistadas. Olla con pedestal (MRI), *Aysana* (MNHN), *Maka* (ML).



Esta situación nos indica que pese a la diversidad de sociedades sobre las cuales se impuso el Tawantinsuyu, siempre prevaleció un orden en el que sus patrones culturales se impusieron sobre los de los pueblos locales, aunque sin eliminarlos totalmente sino ubicándolos en una posición de subordinación. A la vez, es evidente que los patrones Inka considerados como trascendentales tienen más relación con la forma de las vasijas, que con su iconografía. Esta preferencia por la forma de los objetos, parece relacionarse con otro elemento propio de la dominación Inka: la arquitectura. Efectivamente, los emplazamientos Inka en casi todas las regiones donde se construyeron siguen un estricto patrón, denotando con ello un modelo de dominación que se esmeró en determinar la forma de las cosas.

El inventario de formas de las vasijas Inka que se adoptó en el Kollasuyu es más o menos el mismo. En él destaca la *maka* o cántaro de grandes dimensiones, conocido actualmente como *aribalo*, término de origen griego. Este tipo de cántaro es el más común entre todas las vasijas Inka y es el que mejor retrata el proceso que aquí pretendemos describir, ya que fue confeccionado en todas partes y siempre con iconografías distintas. Igual situación ocurre con las *chua* o platos planos, que tienen en muchos casos apéndices modelados en forma de aves. Un poco menos apegado a la norma aquí descrita es la *aysana* o botella con asa horizontal, vertical u oblicua. Algunas copian más o menos fielmente el patrón de iconografía Inka y otras incorporan patrones de diseño locales. Por último, las ollas con pedestal, a las cuales se les desconoce su nombre quechua, son las únicas piezas de todo este repertorio que rara vez incorporan diseños en su cuerpo.



La *maka*, fue una de las formas emblemáticas de la alfarería Inka, pese a lo cual en los distintos territorios del Kollasuyu llevaba iconografía propia de cada lugar. Valle del Mapocho (MNHNI), San Pedro de Atacama (MSPA).

Tal como aquí hemos planteado, la iconografía que se pintó sobre la superficie de estos objetos tuvo una marcada configuración local. La única excepción a esta norma fue Arica, la porción chilena del Kollasuyu más cercana del núcleo del imperio, donde el dominio Inka se articuló principalmente desde los asentamientos de las poblaciones altiplánicas. Sin embargo, aquí también es posible ver alfarería donde la ecuación forma Inka/iconografía local, se cumple. Las *chua* de esta región generalmente presentan un diseño de pequeñas llamitas en negro sobre una fondo rojizo que, si bien no es propiamente ariqueño, corresponde a un estilo altiplánico conocido como Inka-Pakaje.

A la inversa de lo ocurrido en Arica, la alfarería funeraria realizada durante la ocupación Inka en el desierto de Atacama representa muy bien al principio político ideológico antes descrito. Los artesanos copiaron las formas imperiales, en algunos casos sin la perfección técnica necesaria, pero jamás incorporaron iconografía Inka. Las vasijas siempre presentan su superficie finamente pulida, generalmente de color rojo, y sin diseño alguno. En este caso, los artesanos fueron fieles a su milenaria tradición de no dibujar sobre la superficie de las vasijas, que desde tiempos muy antiguos habían sido solamente rojas o negras. Aquí, las únicas piezas que presentan diseños pintados son las que se importaron desde el altiplano boliviano o desde el noroeste de Argentina, las que conservan en su iconografía los estilos locales de dichas regiones.



La alfarería de la época Inka en Arica se caracteriza por *chua* que presentan una iconografía de pequeños camélidos negros pintados sobre un fondo rojo (MRI, MASMA).



Los alfareros de San Pedro de Atacama, pese a que incorporaron las formas Inka en su alfarería, nunca utilizaron diseños pintados sobre las vasijas, perpetuando su tradición monocroma (MSPA).

Una mención especial merece la situación ocurrida en la región comprendida entre los ríos Copiapó y Maipo. En este confín austral del imperio, en el cual antes de la llegada de los Inka vivían varios pueblos distintos, se dio una situación política particular durante la dominación Inka, que tuvo su evidente correlato en las vasijas. En este amplio territorio, los Diaguita se convirtieron en los principales aliados del Tawantinsuyu y, consecuentemente, la alfarería de formas Inka con importantes ingredientes de iconografía Diaguita, se convirtió en la norma para las vasijas funerarias y, en menor proporción, para aquellas utilizadas en la vida cotidiana. La fuerza de este proceso cultural fue tal que los diseños locales no Diaguita del área, especialmente Copiapó y Aconcagua, casi nunca aparecen en la superficie de formas Inka.

Es posible vislumbrar la dimensión de la alianza político social entre los Diaguita y los Inka en los profundos cambios que sufrió en su conjunto la artesanía alfarera de los primeros, que alcanzó grados no vistos en otras regiones del Kollasuyu. Por un lado, formas de vasijas tradicionales Diaguita que tuvieron una inmensa importancia simbólica, como el llamado “jarro pato” o la escudilla, sufren drásticos cambios. La forma tradicionalmente ovalada de los “jarros pato” fue remplazada, adoptándose líneas más rectas, mientras que su fondo pasó de ser rojo a blanco. Por su parte, las escudillas, antiguamente de paredes rectas y fondo rojo, a partir de la conquista cuzqueña se realizan con paredes evertidas y su fondo también fue pintado blanco. Junto a estas alteraciones en los patrones locales, durante el sometimiento Inka, se hacen populares entre el inventario de vasijas Diaguita platos campanuliformes, previamente muy poco comunes y que no corresponden a formas Inka. De una manera similar, pero esta vez en el campo de la iconografía, es interesante constatar que junto a elementos de diseño tradicionales Diaguita, como los triángulos escalerados, los artesanos de este periodo comenzaron a ejecutar patrones de diseño que representan el principio Inka de división del mundo en cuatro partes.

Los elementos aquí reseñados son sólo una visión general del rico potencial interpretativo que se encuentra en la alfarería. A partir de ellos podemos intentar entender algunos elementos de uno de los sucesos más extraordinarios y complejos ocurridos en la prehistoria de América, la formación y desarrollo del Tawantinsuyu.



De la página opuesta:  
 Los "jarros patos" tradicionales de la alfarería Diaguita, sufrieron drásticas modificaciones al configurarse el estilo Diaguita-Inka (MALS).



Conjunto de alfarería Diaguita-Inka se caracterizo por un extraordinaria constelación de formas e iconografías que denotaban la alianza entre la población local y el Tawantinsuyu (MALS).

Conjunto de alfarería Inka proveniente de cementerios enclavados en el corazón del territorio Aconagua, entre los ríos Mapocho y Maipo (MNHN).



## El Inka vive hoy en Chile

*“El rey Inca fue rey de todos nosotros, los indígenas mapuches, huilliches. Dicen que tenía mucha riqueza, mucho poder...terrenal y del sol. Decían los antiguos que el rey no está muerto. O sea que lo mataron los españoles, pero que no murió de verdad, que está juntando fuerza para poder mandar en estas tierras...los antiguos decían que había que pedir el levante del...del rey... porque el rey está vivo, está oculto sí. Eso es lo que...falta: unión...Y si nosotros llegáramos en ese estado de que se levante el rey antes que nos mueramos, iba a ser mucha dicha para nosotros...”*

Domitila Cuyul de Chadmo, Chiloé.

Recopilado por C. Contreras (1991)

La dominación Inka del actual territorio chileno fue de muy corta duración, probablemente no mayor de dos siglos antes de la llegada de los conquistadores europeos. Sin embargo, la impronta que dejó en el país es fuerte, y permanece hasta hoy en las creencias de los pueblos originarios, en la toponimia de cerros, valles y quebradas y aún en nuestro lenguaje cotidiano.

No podemos saber con certeza cuanto de este acervo testimonial es producto de fenómenos históricos puramente precolombinos y cuánto fue originado por la conquista española, cuyos primeros momentos estuvieron estrechamente ligados al fenómeno Inka.

Los conquistadores españoles, al descabezar el Tawantinsuyu asesinando a Atahualpa y tomando posesión del Cuzco, probablemente tenían cabal conciencia de que estaban apoderándose de un enorme territorio que abarcaba desde Ecuador a Chile. Por ello es que desde Diego de Almagro en adelante, casi toda la presencia conquistadora del siglo XVI estuvo acompañada de funcionarios del Tawantinsuyu y *yanaconas* o sirvientes del Inka, que pavimentaron la conquista de la Nueva Extremadura. El éxito de esta táctica quedó demostrado en que la invasión fue bastante expedita precisamente hasta los confines del Tawantinsuyu. En el centro-sur de Chile, sin embargo, los mismos Mapuche, que habían rechazado al Inka hacía un siglo, volvieron a poner en aprietos al invasor europeo.

Por ello es que la huella del Inka se presenta con mayor fuerza al norte que en el sur de Chile y aún está presente en la ideología de sus habitantes indígenas. Son numerosos los relatos orales transmitidos de generación en generación que han reproducido la tradición acerca del Inka, elevándolo a categorías míticas, dándole poderes sobrenaturales sobre las montañas, el agua y los fenómenos naturales. Le otorgan facultades de cambiar la historia

CARLOS ALDUNATE DEL SOLAR



“Córtañle la cavesa a Atagualpa Inga”. G. Poma de Ayala (1613).

para “civilizar” y transformar el mundo y también para redimir a los pueblos vencidos y anunciar una nueva era de reivindicaciones, esperanzas y bienestar para los pueblos originarios.

Las actuales manifestaciones populares religiosas, musicales y ceremoniales de pueblos ubicados en lugares tan distantes como las sierras peruanas, ecuatorianas y chilenas; que viven tan aislados unos de otros, separados por barreras que imponen desiertos, ríos y montañas altísimas, desafían incluso límites que parecen infranqueables como las fronteras políticas de estos países. Ellas mantienen, a pesar de ello, un indiscutible sello de identidad andino que las identifica claramente como pertenecientes a una misma tradición. Estas manifestaciones culturales dan cuenta de la enorme fuerza y vitalidad que, a pesar de sus transformaciones aparentemente profundas, mantiene vigente una “Historia Andina”, de la cual el fenómeno Inka no es sino un capítulo de esta tradición que se prolonga hasta hoy.

La toponimia, que otorga nombres a lugares geográficos, denuncia términos de origen quechua – lengua oficial del Tawantinsuyu - que recorren todo el territorio chileno, cubriendo y a veces anunciando el paso del Inka por su territorio. Son frecuentes los nombres que incluso lo aluden directamente como: “Portezuelo del Inca”, “Quebrada del Inca”, “Paso del Inca”, “Tambo”, para indicar lugares de tránsito o sitios asociados al Camino del Inka; “Collaguasi” – casa de la reina - o “Inkawasi” – casa del Inka –, “Pabellón del Inca”, así como una cantidad de términos quechuas, que en proporciones importantes tapizan la geografía de todo el norte del país.

Hay nombres que aluden a lugares emblemáticos del Tawantinsuyu, como es el caso de Pachacamac, uno de los más importantes centros ceremoniales de los Andes Centrales. Con este mismo nombre se conocía una antigua hacienda colonial del valle de Aconcagua, que hoy recibe el nombre de Pachacama. El origen hipotético de este topónimo podría ser un lugar sagrado o *huaca*, establecido cerca de un centro administrativo del imperio y frente al imponente cerro Aconcagua, donde se encuentra uno de los más importantes santuarios de altura Inka. Pachacamita, un lugar vecino a Pachacama, es uno de los lugares más tradicionales de los rituales de “chinos” de la zona central de Chile. Está comprobado que la música y los bailes de “chinos” tienen hondas raíces precolombinas, y que el nombre de esos bailes rituales viene de la expresión quechua, que significa “sirviente”.

El Inka se enseñoreó y apoderó del espacio de todo el Tawantinsuyu no sólo dando nombre a los lugares. Quedó unido a su historia y vive en la actualidad enraizado en la mitología de los pueblos originarios de Chile. Entre los relatos orales que se han transmitido por generaciones y que aún se pueden escuchar, está el del Rey Inka o Reinka, muy relacionado con la figura mesiánica del Inkarrí, que José María Arguedas recogió entre las actuales poblaciones indígenas de los Andes peruanos.

En tradiciones orales recogidas actualmente entre pastores de Atacama, II Región, el Inka tiene su morada en la cumbre de los cerros donde guarda sus tesoros, toca música, baila y masca coca; provee de riquezas subterráneas, de agua a las tierras desérticas y de valiosos minerales a las montañas; castiga a aquellos cerros que niegan su ayuda descazándolos con su poderosa honda y dejándolos tumbados en el suelo. Así le ocurrió al cerro Echado, que rehusó a colaborar con el flujo de riquezas que proveía el cordón mon-



Doña Jerónima Salvatierra Berna, a cuya sabiduría y generosidad debemos mucho de los estudios que hemos realizado en el río Loa Superior (Foto V. Castro).



El paisaje puneño de Atacama se observa desde el sitio Inka minero Cerro Verde. En la cumbre de los cerros y volcanes, hay santuarios y adoratorios Inka.

tañoso que terminaba en Chukut'a Mallku, cerro femenino máximo representante de la riqueza de la zona, donde se encuentra el actual yacimiento minero de Chuquicamata.

Sorprendentemente, relatos parecidos se encuentran en tradiciones orales recogidas entre los actuales Huilliches de la Isla Grande de Chiloé, un millar de kilómetros mas al sur del límite meridional del **Tawantinsuyu**. Estos relatos mencionan al Inka Atahualpa como descendiente del sol y se refieren a su inmolación sacrificial por los españoles, a modo de un verdadero mesías. Así, el Inka espera el momento en que resurgirá, se levantará y anunciará una época de dicha y esperanzas para el pueblo indígena.

La muerte del Inka **Atahualpa** en manos de los invasores, simboliza para estos pueblos su propia dominación y postergación social. Su resurrección es esperada hasta hoy, como esperanza de unidad y redención, desde el Ecuador hasta estas islas australes de suramericana

Más allá de la mitología, el Inka también sobrevive en la vida cotidiana de todos los chilenos, a través del sutil y poderoso mecanismo del lenguaje. Los lingüistas aun no han dado explicaciones claras del porqué en el léxico castellano de uso común de los chilenos hay tal cantidad de términos quechuas. En el lenguaje tradicional de Chile sería esperable que

el Mapuche hubiera ocupado una posición preponderante entre los indigenismos utilizados, debido a que este idioma era el que hablaban los habitantes originarios entre el río Choapa y Chiloé. Sin embargo el quechua aventaja en enorme proporción a esta última lengua aborigen, la que sorprende por su poca incidencia entre los chilanismos del castellano hablado en esta misma región.

Una de las hipótesis que pueden explicar esta preponderancia de la lengua quechua, es que, por tratarse del lenguaje "oficial" del **Tawatinsuyu**, sirvió como "lengua franca" durante la dominación Inka para todos los territorios dominados por el Cuzco, situación que aprovecharon los españoles en tempranas épocas coloniales para contar con un sistema de comunicación que superara las barreras lingüísticas impuestas por la gran diversidad de pueblos que participaban en la Historia Andina, de la cual el imperio Inka fue su momento cúlmine.

A pesar del transcurso de medio milenio, de las hondas transformaciones producidas por la conquista española y la ulterior homogenización republicana que ha tratado de borrar diferencias étnicas y culturales, el Inka sobrevive en el territorio y las creencias de parte importante de Chile.

#### Algunos términos quechua usados en el lenguaje común de Chile:

Cacho	Chupe
Callampa	( <i>como comida</i> )
Cancha	Guagua
Cocaví	Guano
Concho	Guaraca
Chacra	Guata
Chala	Huacho
Chancar	Huaina
Charqui	Huasca
Chasca,	Huincha
Chascón,	Locro
Chasquilla	Ojota
Chasqui	Pampa
Chaucha	Papa
Chaya	Paya
Chicha	Poto
Chimba	Quisca,
China	Quisco
( <i>como sirvienta</i> )	Tambo
Choclo	Tata
Chuchocha	Yapa
Chuño	Zapallo
Chupalla	



## EDITORES

Carlos Aldunate del Solar

Luis E. Cornejo B.

## AUTORES

**JORGE HIDALGO LEHUEDÉ**

Etnohistoriador. Univeridad de Tarapacá. Universidad de Chile. Universidad de Valparaíso. Proyecto FONDECYT 1000089. [jhidalgo@uta.cl](mailto:jhidalgo@uta.cl)

**CARLOS ALDUNATE DEL SOLAR**

Arquólogo. Museo Chileno de Arte Precolombino. Proyecto FONDECYT 1011006. [caschap@ctcinternet.cl](mailto:caschap@ctcinternet.cl)

**FRANCISCO GALLARDO**

Arqueólogo. Museo Chileno de Arte Precolombino. [fagmchap@ctcreuna.cl](mailto:fagmchap@ctcreuna.cl)

**FLORA VILCHES**

Arqueóloga. University of Mariland at College Park. [fvilches@wam.umd.edu](mailto:fvilches@wam.umd.edu)

**CAROL SINCLAIRE A.**

Arqueóloga. Museo Chileno de Arte Precolombino. [csamchap@ctcinternet.cl](mailto:csamchap@ctcinternet.cl)

**DIEGO SALAZAR S.**

Arqueólogo. Universidad de Chile. [osipor@hotmail.com](mailto:osipor@hotmail.com)

**CAROLINA JIMÉNEZ C.**

Licenciada en Antropología con mención en Arqueología. [c.j@entelchile.net](mailto:c.j@entelchile.net)

**PAULINA CORRALES E.**

Licenciada en Antropología con mención en Arqueología.

**LUIS E. CORNEJO B.**

Arqueólogo. Museo Chileno de Arte Precolombino. Universidad de Chile. [lcbmchap@terra.cl](mailto:lcbmchap@terra.cl)

**RUBÉN STEHBERG**

Arqueólogo. Museo Nacional de Historia Natural. [rstehberg@mnhn.cl](mailto:rstehberg@mnhn.cl)

## AGRADECIMIENTOS

El Museo Chileno de Arte Precolombino agradece las instituciones y personas que colaboraron en la edición del presente libro.

La amabilidad de los arqueólogos Victoria Castro, Varinia Varela, Hans Niemeyer, Oscar Espouey, Rodrigo Sánchez, Virgilio Schiappacasse y Mauricio Uribe, permitió el uso de manuscritos inéditos en la redacción del texto.

Se agradece al proyecto Fondecyt N° 1011006.

Nos abrieron sus puertas para fotografiar sus colecciones, los siguientes museos:

- Museo Nacional de Historia Natural de Santiago
- Museo San Miguel de Azapa, Universidad de Tarapacá
- Museo Regional de Iquique
- Museo Arqueológico R.P. G. Le Paige de San Pedro de Atacama, Universidad Católica del Norte
- Museo Regional de Copiapó
- Museo Regional de La Serena
- Museo Regional de Ovalle

En cada una de estas instituciones, recibimos la ayuda generosa de sus académicos y funcionarios, en especial, de:

- Nieves Acevedo
- M. Angel Azócar
- Marcos Biskupovic
- Patricio Contreras
- Cristián Cobo
- Timoteo Cruz
- Juan Chacama
- Eliana Duran
- Ibar González
- Agustín Llagostera
- Lautaro Núñez
- Alvaro Romero
- Mariela Santos
- Guillermo Villar

La colaboración Carlos Cardoen nos permitió hacer fotos aéreas de los sitios Inka de los alrededores de Santiago.